

ANTES DE MERECESTE

NOVELA



J. Perez

CAPÍTULO 1: CASI

Joan salió de la oficina cuando ya estaba cayendo la tarde. Llevaba el día frente a una computadora, pasando datos de una hoja a otra, corrigiendo fechas y llenando casillas. Tenía la espalda tensa y los ojos cansados. Trabajaba como digitador. No odiaba su empleo, pero tampoco soñaba con quedarse allí para siempre. Cada quincena le alcanzaba para resolver lo necesario, ayudar en su casa y guardar un poco. Nunca lo suficiente para dejar de hacer cuentas.

Estaba buscando las llaves del carro cuando vio el mensaje de Kiara.

«Mi carro no quiere prender. Estoy frente al parque».

La llamó mientras caminaba hacia el estacionamiento.

—¿Estás sola?

—Sí. Me senté en la cafetería de la esquina.

—Voy para allá.

Con ella le pasaba así. Podía estar agotado y aun encontrar fuerzas para llegar. Llevaban meses acercándose de una manera que ninguno había sabido ordenar: llamadas que se alargaban, cenas sin ocasión y mensajes que ya eran parte del día. Joan sabía que había dejado de verla como una amiga. Kiara también lo sabía. Lo que no sabía era hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

La encontró con una taza vacía delante y el cabello recogido. Al verlo, guardó el teléfono.

—¿Cuánto tiempo tienes aquí?

—No mucho.

Joan miró la taza y después a ella.

—¿Cuánto?

—Como cuarenta minutos.

—Eso no es «no mucho».

Kiara se encogió de hombros.

—No quería interrumpirte en el trabajo.

—Podías llamarme.

—Ya estás aquí.

Caminaron hasta el carro. Joan intentó encenderlo, revisó que no hubiera quedado ninguna luz prendida y volvió a girar la llave. El motor no arrancó. No quiso fingir que sabía más de lo que sabía.

—Puede ser la batería. Pero habría que revisarlo.

Kiara llamó al taller que usaba siempre. A esa hora ya no podían enviar a nadie. Le indicaron que dejara el vehículo bien cerrado y volviera por la mañana; si seguía sin encender, mandarían una grúa. Estaba estacionado en un lugar permitido, cerca de la cafetería, y no obstruía ninguna entrada.

—Te llevo —dijo Joan cuando ella terminó la llamada.

Kiara aceptó. Antes de subir, comprobó una vez más que las puertas de su carro estuvieran cerradas.

Durante los primeros minutos hablaron del taller y de lo caro que se había vuelto reparar cualquier cosa. Luego Joan le preguntó si había comido.

—Un sándwich al mediodía.

—Yo tampoco he cenado. ¿Quieres que paremos?

Ella miró la hora.

—Sí. Pero algo sencillo.

Se detuvieron frente a un restaurante pequeño que ya conocían. Joan repasó mentalmente lo que le quedaba hasta la quincena antes de apagar el motor. Podía pagar aquella cena. Le molestó haber tenido que comprobarlo.

Les dieron una mesa al fondo. Hablaron de una compañera de Kiara y de un reporte que Joan había repetido por un error ajeno. Él imitó a su supervisor; ella se rio con la misma confianza de siempre. Por un momento, Joan creyó que la noche iba a quedarse en eso.

Pero cuando llegó la comida, Kiara tomó el tenedor y lo dejó junto al plato.

—¿Qué pasó?

—Quiero preguntarte algo.

Joan dejó de acomodar la servilleta.

—Dime.

—¿Qué estamos haciendo?

Él la miró. Podría haber preguntado a qué se refería, pero los dos habrían reconocido la evasión.

—Yo estoy bien contigo.

—Yo también. Eso no responde la pregunta.

En otra mesa alguien pidió la cuenta. Joan siguió el movimiento del camarero hasta que Kiara volvió a hablar.

—Tú estás pendiente de mí. Me buscas, me cuidas, te das cuenta cuando algo me pasa. Yo también te busco. Esto no es algo que me estoy inventando sola. Pero cada vez que parece que vamos a hablar de lo que sentimos, tú cambias de tema.

—No estoy jugando contigo.

—Lo sé. Por eso estoy aquí, hablando claro.

Joan apoyó las manos a ambos lados del plato.

—Te quiero, Kiara.

Ella sostuvo su mirada. No sonrió. Había esperado esas palabras demasiado tiempo para recibirlas sin preguntar lo que venía después.

—¿Y qué quieres hacer con eso?

Joan bajó la vista. Había ensayado aquella conversación muchas veces, siempre en un futuro donde ganaba mejor y ya no tenía que elegir qué gasto podía esperar.

—Todavía no soy el hombre que tú mereces.

Kiara respiró despacio.

—¿Y quién te dijo que eso lo decides tú?

—Quiero tener algo firme. Crecer, ganar mejor. No quiero empezar una relación para después pasármela pidiéndote paciencia porque todo se me hace difícil.

—¿Tú crees que estoy esperando que me resuelvas la vida?

—No digo eso.

—Pero estás respondiendo como si yo te lo hubiera pedido.

Joan no encontró cómo explicarlo sin que sonara peor. Ayudaba en su casa, pagaba sus cuentas y trataba de avanzar. Ninguna de esas cosas le parecía suficiente cuando pensaba en construir un futuro con ella.

—Me importa hacerlo bien —dijo.

—A mí también. Y estar meses sin saber qué lugar tengo en tu vida no me hace bien. Él acercó una mano a la de ella, pero Kiara la tenía bajo la mesa.

—No quiero perderte.

—Entonces tienes que decidir algo. Porque me quieres, pero no me eliges.

Comieron poco. Joan pagó después de que ella propusiera dividir la cuenta. Kiara no insistió; tampoco quiso convertir el dinero en otra discusión.

De camino a su edificio, miró por la ventana. Joan deseó encontrar una frase que deshiciera la conversación. No encontró ninguna.

Cuando estacionó, ella desabrochó el cinturón, pero tardó en abrir la puerta.

—No te estoy pidiendo que me prometas el mundo. Quiero saber si quieres una relación conmigo ahora. Con la vida que tienes.

Joan la miró y guardó silencio.

Kiara asintió, como si también hubiera recibido una respuesta.

—Buenas noches.

Él esperó a que entrara en el edificio antes de arrancar. Todavía la quería. Eso no había cambiado. Lo que empezaba a cambiar era el tiempo que ella estaba dispuesta a pasar esperando que hiciera algo con ese amor.

CAPÍTULO 2: LO QUE PASA CUANDO TE CANSAS

Al día siguiente, Kiara le escribió que el taller había cambiado la batería. Ya había recogido el carro.

«Qué bueno. ¿Todo lo demás está bien?», respondió Joan.

«Sí. Gracias por llevarme ayer».

Esperó otro mensaje. No llegó.

Kiara no desapareció después de aquella cena. Respondía cuando él la buscaba, pero dejó de mandarle fotos de cualquier cosa que encontraba en la calle. Tampoco le contaba los pequeños problemas del día. Joan descubrió cuánto espacio ocupaban esas conversaciones cuando empezaron a faltar.

Una tarde abrió tres veces el chat sin escribir. Quería preguntarle si estaba molesta, aunque sabía que el problema no era un enojo que pudiera arreglar con una llamada. Ella le había hecho una pregunta y él todavía no la había respondido.

En la oficina comenzó a cometer errores que antes detectaba enseguida. Escribió mal una fecha, olvidó adjuntar un archivo y tuvo que corregir dos veces el mismo reporte. Su supervisor se acercó a su escritorio un martes.

—Revísalo con calma, Joan. Hoy estás en otra cosa.

Él asintió. Se quedó después de la hora de salida para terminar. Cuando llegó al estacionamiento, llamó a Kiara.

—Hola —respondió ella.

—¿Llegaste a tu casa?

—Sí. Hace un rato.

Joan abrió la puerta del carro y dejó el maletín en el asiento.

—Te siento distante.

Del otro lado escuchó el sonido de unas llaves sobre una mesa.

Esperó otro mensaje. No llegó.

—Estoy tomando un poco de espacio.

—¿Por lo que hablamos?

—Sí.

La claridad le dolió más que cualquiera de las respuestas que había imaginado. — Podemos seguir hablando.

—Podemos. Pero no como si aquella conversación no hubiera pasado.

Joan apoyó un brazo sobre el techo del carro. Kiara no estaba castigándolo. Seguía siendo amable, y esa amabilidad le quitaba la posibilidad de discutir por algo más fácil.

—No sé qué decirte ahora —admitió.

—Entonces no tienes que decir nada por salir del paso. Yo voy a descansar.

—Está bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

El sábado, una amiga de ambos celebró su cumpleaños en una casa con patio. Había música, picadera y sillas prestadas de distintos vecinos. Joan llegó con un regalo pequeño que había comprado al salir del trabajo el día anterior.

Vio a Kiara cerca de la cocina, sirviéndose refresco. Llevaba un pantalón blanco y una blusa sencilla. Se acercó cuando ella terminó de hablar con otra invitada.

—Hola.

—Hola, Joan.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

Él dijo que estaba bien, aunque llevaba toda la semana durmiendo mal. Kiara le preguntó por el trabajo. Hablaron unos minutos y luego una amiga la llamó desde el patio. Ella se disculpó y fue a reunirse con las demás.

Joan se quedó junto a la cocina, con un vaso que no tenía ganas de beber. Antes, Kiara habría buscado una forma de incluirlo. Esa noche lo había saludado con cariño, pero no había organizado el resto de la fiesta alrededor de él.

La vio reír, escoger una canción y discutir con una amiga sobre quién había bailado peor en el cumpleaños anterior. Parecía más ligera de lo que él esperaba. Joan entendió, con una incomodidad que le dio vergüenza, que una parte de sí había supuesto que ella iba a pasarlo tan mal como él.

Más tarde coincidieron en el pasillo que llevaba al patio.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó.

Kiara se detuvo.

—Sí.

Joan buscó las palabras mientras alguien subía la música.

—No quiero que esto termine así.

—Yo tampoco quería llegar a este punto.

—No te he dicho que no quiero estar contigo.

Ella apoyó el vaso en una repisa.

—Pero tampoco me has dicho que sí. Entiende que yo no puedo vivir de lo que algún día podrías decidir.

—No es algo que me tome a la ligera.

—Lo sé. ¿Qué necesitas para decidirlo?

Joan estuvo a punto de responder que un mejor sueldo. Se detuvo al imaginar la pregunta siguiente: cuánto, para cuándo, qué pasaría si no lo conseguía. Nunca había fijado una meta. Solo había colocado la relación al otro lado de una tranquilidad que siempre se movía un poco más lejos.

—Dame tiempo —dijo.

Kiara lo miró con tristeza.

—Eso es lo que más te he dado.

Él bajó la cabeza. Ella recogió el vaso.

—No te estoy pidiendo que decidas aquí, en una fiesta. Estoy diciéndote que yo también tengo que hacer algo con mi vida.

—¿Y qué vas a hacer?

—Dejar de ponerla en pausa.

Kiara volvió al patio. Joan permaneció en el pasillo hasta que otro invitado le pidió permiso para pasar. Entonces fue a despedirse de la cumpleañera. Dijo que estaba cansado; era verdad, aunque no de la forma que ella entendió.

Ya en su carro, no encendió el motor enseguida. Miró el reflejo de su cara en el retrovisor. Tenía ojeras y la barba un poco crecida. Era un hombre con un trabajo normal, responsabilidades y un sueldo ajustado. Llevaba años esforzándose para que todo eso cambiara.

Lo que no podía seguir haciendo era pedirle a Kiara que esperara dentro de ese esfuerzo sin saber qué estaba esperando.

El lunes quiso escribirle desde el escritorio. Abrió el chat, tecleó «Tenemos que hablar» y lo borró. Ya habían hablado. Necesitaba llegar con algo más que otra petición de paciencia.

CAPÍTULO 3: LO QUE NO SABES DECIR

Pasaron cuatro días desde la fiesta sin que Joan y Kiara hablaran. El miércoles por la tarde ella le mandó un mensaje.

«¿Puedes verme mañana al salir del trabajo?».

Joan respondió enseguida. Acordaron encontrarse en un parque cerca de la oficina de Kiara. El jueves, al terminar su jornada, condujo hasta allí y estacionó en una calle lateral.

Ella estaba sentada en una banca, con el bolso sobre las piernas.

—Pensé que ibas a escribirme —dijo cuando él se sentó.

—Quise hacerlo. No sabía qué decir.

Kiara bajó la mirada hacia el cierre del bolso.

—Yo sí tengo algo que decirte. Me invitaron a salir.

Joan giró la cabeza hacia ella.

—¿Quién?

—Un compañero de una amiga. Lo conocí ayer.

Él sintió una presión seca en el pecho. Hasta ese momento había pensado en perderla como en una posibilidad lejana. Ahora había una persona, una invitación y una vida que podía continuar sin él.

—¿Aceptaste?

—Todavía no he respondido. Quería hablar contigo antes, porque lo que siento por ti no desapareció con aquella cena. Pero tampoco voy a seguir comportándome como si tuviéramos una relación que no tenemos.

Joan miró la calle. Una guagua se detuvo cerca de la esquina y dejó bajar a varias personas.

—No tienes que pedirme permiso —dijo.

—No te lo estoy pidiendo.

Él volvió a mirarla.

—Lo sé. Perdón.

Kiara aflojó las manos sobre el bolso.

—No quería que lo supieras por otra persona. Y necesitaba decirte que voy a dejar de esperarte de esa manera.

Joan sintió el impulso de prometer cualquier cosa. Pedirle que rechazara la invitación, decir que ya estaba listo, abrazarla antes de que terminara de hablar. Reconoció ese impulso y se quedó sentado.

—Me da vergüenza —dijo al fin.

Kiara frunció un poco el ceño.

—¿Qué cosa?

—Decirte por qué me detengo. Porque cuando lo digo en voz alta parece que no confío en ti.

Ella esperó.

Joan se frotó las manos. Le costaba más hablar de eso que decir que la quería.

—No me avergüenza trabajar. Me avergüenza sentir que, a esta altura, debería estar mejor. Que siga contando lo que me queda después de pagar todo. Que si se daña algo en la casa tengo que sacar de lo poco que he guardado. Cuando pienso en estar contigo, empiezo a imaginar todo lo que podría fallar.

—¿Qué cosas?

—Que nos acostumbremos a salir y después no pueda. Que quieras hacer planes y yo siempre tenga una razón para decir que no. Que termines cansada de mí.
Kiara lo escuchó sin apartar la mirada.

—¿Y no crees que podríamos hablar de esas cosas?

Joan soltó una risa breve, sin alegría.

—Quisiera que no tuviéramos que hablarlas tan pronto.

—Pero esa es tu vida ahora. No hay una forma de conocerla contigo si tú solo me dejas ver la parte que puedes resolver.

Él pensó en la cena, en la cuenta que había insistido en pagar y en todas las veces que había respondido «yo me encargo» para evitar una conversación más difícil.

—Yo quería sentirme suficiente.

—Joan, tener miedo no te hace menos. Lo que me duele es que no me dejes decidir qué puedo construir contigo.

Él levantó la vista.

—¿Y si lo intentamos y sale mal?

Kiara tardó un momento en responder.

—Puede pasar. También conmigo. Yo no tengo una garantía para darte.

Aquella respuesta lo dejó callado. Había pensado tanto en lo que debía ofrecerle que apenas había considerado que ella también iba a llegar a una relación con sus propias dudas.

—No necesito que no tengas miedo —añadió Kiara—. Necesito que puedas hablarme de él sin dejarme meses esperando una decisión.

Joan asintió. Por primera vez no buscó una explicación que lo dejara en mejor lugar.
—He hecho eso contigo.

—Sí.

—Y tú has tenido que cargar con algo que era mío.

Kiara miró hacia el sendero. Una mujer pasó con un niño de la mano. Esperaron a que se alejaran.

—Yo te quiero —dijo ella—. Pero ya estoy cansada. No puedo seguir convenciéndote de que puedes quererme.

Joan sintió ganas de pedirle una última semana. Se mordió el interior de la mejilla y dejó pasar la frase.

—Entiendo.

Kiara se levantó. Él también lo hizo, sin ponerse frente a ella.

—Me voy a casa —dijo.

—¿Quieres que te acompañe al carro?

Ella negó despacio.

—Está ahí mismo. Hoy prefiero caminar sola.

—Está bien.

La vio cruzar el parque. Antes de salir, Kiara sacó las llaves del bolso. No miró atrás. Joan permaneció junto a la banca unos minutos. Le dolía imaginarla con alguien más. Pero la pregunta que se llevó a casa no fue cómo impedirlo. Fue por qué necesitaba verla alejarse para escuchar algo que ella llevaba meses diciéndole.

CAPÍTULO 4: SIN ESPERAR MÁS

El viernes, Joan revisó sus cuentas después de cenar. Anotó lo que debía pagar, lo que enviaría a su casa y cuánto podía guardar. Al terminar, los números eran prácticamente los mismos de la semana anterior.

No había aparecido un sueldo nuevo ni una salida inmediata a lo que lo preocupaba. Tenía una cantidad pequeña para salir y otras cosas que tendrían que esperar. Miró la hoja durante un rato. Después la dobló y tomó el teléfono.

«Quiero hablar contigo. Ya sé qué quiero decirte. ¿Puedes verme mañana?».

Kiara respondió unos minutos después.

«A las cinco. En el mismo parque».

Joan llegó diez minutos antes el sábado. No llevó flores. Tampoco preparó una frase para conseguir que ella lo perdonara. Necesitaba decir lo que había evitado y aceptar que Kiara podía recibirlo de una forma distinta a la que él deseaba.

Cuando la vio acercarse, se puso de pie.

—Gracias por venir.

Ella lo saludó y se sentó. Joan ocupó el otro extremo de la banca.

—Quiero una relación contigo —dijo—. Ahora. No cuando gane más ni cuando todo esté resuelto.

Kiara lo miró con atención, sin responder todavía.

—Te quiero. Y he tenido miedo de empezar algo que después no supiera sostener. Pero en vez de hablarlo contigo, te he dejado esperando. Perdón por eso.

Ella bajó la vista hacia sus manos.

—¿Qué cambió desde el jueves?

—Mi sueldo no. Mis problemas tampoco. Entendí que estaba esperando sentirme seguro de algo que no puedo garantizar.

Joan hizo una pausa.

CAPÍTULO 4: SIN ESPERAR MÁS

—Quiero intentarlo contigo. Hablar cuando algo se me haga difícil. Decirte qué puedo y qué no puedo, aunque me dé vergüenza. Y escuchar lo que tú necesitas, en vez de decidirlo por ti.

Kiara pasó el pulgar por una costura del bolso.

—No quiero volver a la misma situación dentro de un mes.

—Yo tampoco. Pero no voy a prometerte que nunca volveré a tener miedo. Si me pasa, quiero poder decírtelo antes de esconderme.

Ella se quedó un momento en silencio. Joan esperó. Había pasado demasiado tiempo pidiéndole paciencia para exigirle ahora una respuesta inmediata.

—Eso sí se parece a algo que podemos hacer —dijo Kiara.

Él la miró.

—¿Todavía quieres?

—Sí. Quiero intentarlo. Despacio. Y con hechos, Joan.

Joan asintió. El alivio le aflojó los hombros, pero no quiso usarlo para fingir que todo lo anterior había desaparecido.

—¿Aceptaste la invitación? —preguntó después.

—Le dije que no. No sentía ganas de conocerlo de esa manera y no quise salir con él solo para obligarme a dejar de pensar en ti. Pero eso no significaba que fuera a seguir esperándote.

—Lo entiendo.

Kiara se acercó un poco en la banca.

—Casi llegas tarde.

Joan sonrió apenas.

—Lo sé.

Ella le tomó la mano. Se quedaron así hasta que el ruido de una bicicleta los hizo levantar la vista. Un niño pasó frente a ellos, seguido por su padre.

—¿Quieres salir conmigo el próximo viernes? —preguntó Joan.

Kiara volvió a mirarlo.

—¿Salir como qué?

Él sintió el calor subirle a la cara. Esta vez respondió.

—Como mi pareja. Si te parece bien llamarlo así.

Ella sonrió, por fin sin cansancio.

—Me parece bien.

Al levantarse, Kiara lo abrazó. Joan la sostuvo sin hacer ninguna promesa nueva. Después caminaron juntos hasta la salida del parque y se despidieron junto a los carros.

Durante la semana siguiente hablaron todos los días. No siempre mucho. A veces Kiara llegaba agotada y Joan tenía pendientes que terminar. Él dejó de preguntarle si estaba rara cada vez que ella respondía tarde. Ella tampoco fingió que podía recuperar de golpe la confianza de los meses anteriores.

El jueves, una compra necesaria para su casa redujo el dinero que Joan había reservado para la salida. Miró el recibo y estuvo a punto de decirle que tenía demasiado trabajo el viernes. Era una excusa conocida, cómoda. Dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a tomarlo.

La llamó.

—Quiero decirte algo antes de mañana.

—¿Qué pasó?

—Tuve un gasto en la casa. No me alcanza para el restaurante que había pensado. Kiara no respondió enseguida. Joan sintió el impulso de explicar cada peso. Se detuvo.
—Podemos hacer algo más sencillo —continuó—. Quiero verte. Solo necesito cambiar el plan.

—¿Qué propones?

—Comprar unos sándwiches y caminar por el malecón, si no llueve.

—Me gusta. Yo llevo algo de beber.

Joan miró el recibo una vez más.

—Está bien.

—Y si llueve, buscamos otra cosa —añadió ella—. Pero me avisas. No desapareces.
—Te aviso.

El viernes no llovió. Se encontraron después del trabajo, compraron la cena y buscaron un lugar donde sentarse frente al mar. Había familias caminando, vendedores y motores que pasaban con demasiado ruido. El viento le movía a Kiara el cabello sobre la cara y ella se reía cada vez que tenía que apartarlo para comer.

Joan le contó que quería buscar un puesto mejor y que había empezado a revisar ofertas. Kiara le preguntó qué le interesaba hacer. Hablaron de eso, luego de sus propios planes y después de una compañera que había perdido una carpeta importante debajo de su escritorio. La conversación no necesitaba resolverles la vida para tener un lugar en ella.

Cuando recogieron las bolsas vacías, Kiara entrelazó sus dedos con los de él. — Gracias por llamarme ayer.

Joan la miró.

—Me dio vergüenza.

—Lo sé.

Siguieron caminando. El lunes Joan volvería a la misma oficina. Todavía tenía cuentas pendientes y cosas que quería cambiar. Nada de eso había desaparecido porque Kiara estuviera a su lado.

Pero esa noche, cuando ella le preguntó si podían verse el domingo, Joan no tuvo que imaginar una vida distinta para responderle.

—Sí. Vamos a ponernos de acuerdo.

